

---

## **DISCURSO PRONUNCIADO**

### **al reconocimiento de nuestro Gobierno por los Estados Unidos**

Quiero que vaya usted a decir al Sr. Madero, que si necesita fuerzas para combatir a los sublevados de la Ciudadela, así me lo indique; pues cuento con todo el Estado de Coahuila para sostenerlo. Que si se encuentra comprometido y desea dejar la capital de la República, le ofrezco esta ciudad de Saltillo como abrigo; y que si las circunstancias de su Gobierno llegan a empeorar, haremos, para sostenerlo, una guerra como la de tres años.

Palabras de Venustiano Carranza, pronunciadas el 11 de febrero de 1913.

Hay palabras que al salir de la boca de ciertos hombres en ciertas circunstancias, se estereotipan en la memoria de quien las escucha y viven allí como un archivo olvidado y polvoso, esperando la mano de la Historia que ha de esparcirlas por el mundo y escribirlas con bronce eternos en mármoles inmortales. De ese género, señores, son las que me sirven de preámbulo y de cuya autenticidad respondo con mi honor. ¿Sabéis de quién son y lo que significan? Seguramente. Pero quiero tener el placer de referíroslo, ya que tuve la satisfacción de haberlas traído como sagrado y peligroso depósito, de

allá, de la cenicienta y vetusta cuanto simpática ciudad de Saltillo, acá, a la gran Metrópoli, a la soberbia urbe, teatro ayer, hoy y siempre de los más ruidosos acontecimientos del crimen y de la ambición.

Recurro a algunos antecedentes.

La oleada popular que en seis meses de 911 dió al traste con la Dictadura Díaz, había sido maniatada. El Gobierno electo fluctuaba en un mar de despechos, de intrigas y de ambiciones. Era combatido rudamente por la prensa clerical. Desacreditado por sus periódicos pagados, que con su intemperancia y torpeza, agrandaban diariamente el vacío medianero entre el pueblo y su ídolo ungido. Era tenazmente atacado en Morelos, Guerrero, México y en el mismo Distrito Federal por los guerrilleros descontentos con la transacción de Ciudad Juárez; y confiaba, erróneamente, por cierto, estar sostenido por el Ejército Federal, ya desde entonces banda de descontentos, de ladrones y de conspiradores armados. Para colmo de calamidades tantas, la Cámara Popular se debatía en vacilaciones y subterfugios con respecto a las necesidades del pueblo, pues el núcleo renovador gobiernista, dominante por mayoría, nunca hizo efectivas sus tendencias, quedando así convertida en instrumento *cándido* de la política ministerial conservadora. De ese modo no se votó jamás la Ley del Trabajo; la Ley contra el monopolio del papel quedó en trámite; un asomo de legislación

tendiente a nacionalizar el petróleo, sólo sirvió para que un Diputado renovador PÉSCARA la representación del trust petrolero "El Aguila." De ese modo el Presidente Constitucional entraba de lleno al turbulento océano del desprestigio, con la mano en el timón de la gigantesca nave del Estado, roída por las sabandijas del Presupuesto, y, sin embargo, sonriendo apostólicamente, viendo venir las nubes negras de la tormenta definitiva, cual si fuesen cirrus de escarcha prendidos en un cielo azul.

En esas condiciones llegó febrero, el mes loco, de vientos volubles, y con él, el instante espionado por el viejo partido de la traición. La fuerza revolucionaria organizada en rural, se hallaba diseminada en las escarpadas sierras de Guerrero, Durango y Zacatecas, y entre los laberintos y vericuetos de Morelos. La mayor masa del Ejército Federal estaba en esta última región, quedando sólo en la capital el grupo de presidarios que habían defecionado en la campaña orozquista y que se denominaba 21o. batallón; otras facciones pequeñas de batallones diezmadados por el pueblo y por ende hambrientos de la sangre de su caudillo; y, completando el conjunto de hienas en acecho, estaba allí una manada de lobeznos, amamantados por la urbe popular en la Escuela de Aspirantes de Tacubaya, ya ingratamente obstinados en desechar la libertad alcanzada y en cubrir mejor de cieno que de honor sus frentes y sus insignias.

Con esos elementos estalló el cuartelazo.

El General de espada virgen dió su nombre a la asonada, encontrándose de golpe y porrazo, el fracasado de Veracruz perdonado por el Generoso, en el solio.

La noticia se esparció por toda la República, comunicada por el mismo Poder Constitucional, llegando así, aunque ya con una sonrisa de optimismo, al probo y cesudo Gobernador de Coahuila. El señor Carranza, comprendiendo con su sagacidad de político experimentado, lo que podía haber en aquella asonada militar, tomó inmediatamente sus precauciones, reconcentrando al Estado todas las fuerzas auxiliares que le pertenecían, y a cuyo frente se encontraban los hoy laureados Pablo González y Cesáreo Castro, y el infortunado extinto Jesús Carranza. Lleno de confianza el Primer Jefe, en los Gobernadores de San Luis y Aguascalientes, los exhortó también a prepararse para cualquier emergencia, y seguro estoy, aunque no me atrevo a afirmarlo porque no lo supe, que el inolvidable Abraham González y el infidente Maytorena, fueron también advertidos del peligro que corría el Apóstol y con él las instituciones del país.

No se equivocaba el indomable caudillo del Constitucionalismo al juzgar que lo de México era algo más grave que una defección parcial de la guarnición de la capital, y que no se trataba solamente de una travesura de cadetes o de un sueño acariciado por la mente de un imbécil,

sino que el conato de cuartelazo del día 9, sofocado por la sonrisa sin miedo del Apóstol y el gesto agrio y seco del General Villar, era el prólogo de una deserción en masa del Ejército: era el principio de un gran crimen preconcebido por los capitalistas descontentos; por el clero, en las conferencias episcopales de Michoacán; por los corifeos del partido católico y los fementidos liberales, resto del cientificismo. Fue por eso que el lunes 10 de febrero se me llevó de la Dirección de Estadística del Estado de Coahuila, que tenía a mi cargo, al despacho del hombre grave y austero que entonces regía los destinos de Coahuila como Gobernador Constitucional. Y allí, en aquella tarde memorable, viendo claro en el porvenir de la Patria, presintiendo impasible el gran crimen y concibiendo al punto la gran lucha, fue en donde oí de sus labios parcos y prudentes, esas palabras de verdad y de entereza con que ofrecía sostener al Gobierno constituido, recibirlo en la capital de su Estado, "hacer," para sacarlo avante, "*una guerra como la de tres años.*" Es decir, peregrinar por las sierras, vagar por las llanuras, morar en las cavernas de las montañas patrias, pero con el ungido del pueblo a su lado, con el arca santa de la Constitución de 57 junto al pecho y a la bandera del honor nacional, del sufragio efectivo, de las esperanzas de esa turbamulta de hambrientos de libertad, de libros y de pan, alta, muy alta, de manera que la viesan todos los tronos

y todos los parlamentos, y, más que ellos, el coloso indígena, que en pos de idénticos ideales había sentado el precedente histórico, mereciendo por ello el dictado de Benemérito.

Pero de nada sirvió aquel prudentísimo consejo, pues los hombres como Madero pertenecen al destino, y cayó como mártir, escribiendo el 22 de febrero como una página luctuosa de la Historia, y con caracteres de verdugo a Huerta, de la Barra, García Granados, Rodolfo Reyes, Félix Díaz, Mondragón. . . . La Patria aletargada algunos días y el pueblo decepcionado, taciturno por su fracaso, se irguió de nuevo; empuñó el arma vengadora; desechó el gesto humilde y servil del usurpador que lo invitaba al vil concubinato, y fue sangrienta la lucha. Los pretorianos sacaron fuerza de su egoísmo y de su miedo; el execrable tirano tendió sus tentáculos por el suelo nacional, y de presidiarios, de consuetudinarios tabernarios, de sospechosos de desafectos, y de obreros y de peones de campo, clases siempre oprimidas y befiadas, formó batallones y batallones para engrosar su Ejército de liberticidas. La canalla enriquecida le entregó sus esclavos; la crema social le atiborró a banquetazos y sonrisas lacayescas; los señalados por el pueblo en sus intereses mal habidos, le entregaron sus tesoros, la diplomacia caduca, indigna representante de pueblos nobles, amigos, mejor dicho, hermanos nuestros, aduló servilmente al ebrio criminal y quiso darle fuerza y legalizar su de-

lito con sus ridículas faramallas de Protocolo, excepción hecha (y sea dicho para satisfacción del pueblo de que es hijo), de tan sucia complicidad, el caballeroso Márquez Sterling, digno representante de la hermosa Perla de las Antillas. Pero no era esto todo el personal del conciliábulo maldito: el clero también, esa ave negra protectora de todos los crímenes, le dió sus millones; su influencia en el exterior para contratar empréstitos; sus prédicas malvadas aconsejando sumisión al Poder usurpado, so pena de los castigos eternos; para, a la postre, cuando sus templos ya no bastaban para hacer propaganda en favor de su cómplice; cuando a pesar de sus anatemas y preces, los libertarios cercenábamos cabezas de traidores y la roja masa de la rebelión se alzaba en cada una de las pulgadas del Territorio Nacional, poner los pies en polvorosa, llevando su faltriquera repleta de oro y su alma henchida de hiel; su frente cubierta de vergüenza, para seguir intrigando en el extranjero en pro de la intervención, so pretexto de proteger a las víctimas, a los inocentes, a los hombres honrados, como cínicamente se hacen llamar todos los criminales, todos los perversos y todos los ladrones.

Y, sin embargo, señores, de todos esos elementos de poder y de la estupefacción y el desencanto en que el pueblo mexicano estaba abismado, allá en el Norte el núcleo de ciudadanos indignados, conducidos por el único Gobernador

Constitucional honrado que entonces hubo, íbamos en pos del triunfo, camino de la gloria, al tabor resplandeciente del deber. Nuestros hogares tibios y alegres, nuestras mujeres cariñosas y tiernas, nuestras ilusiones y ensueños, nuestra vida y nuestra esperanza..... todo lo que es alma y corazón, todo lo que siente y late, lo entregamos a la Patria en aquellos días aciagos, llenos de fe y esperanza, porque a la noble ambición de nuestra juventud honrada, se aumentaba para alentarnos, la videncia infalible del caudillo viril, que semejante a Juárez, alzaba del abismo la herencia santa de los Constituyentes del 57, no caída de manos débiles como las de Commonfort, sino arrebatada impiamente de las confías del Apóstol Madero. Y bien hecho ese sacrificio por nuestra parte, señores, porque, ¿de qué sirve el hogar cuando no se tiene honor patrio, libertad pública y garantías individuales?... Y es evidente que triunfante la usurpación, el honor del hogar quedaría a merced del tirano y de sus cómplices; los jefes de familias y sus amados retoños, serían eternamente la carne de cañón de todas las épocas, y la cosa pública, que pertenece al pueblo por derecho positivo, seguiría siendo mercancía enajenable para el mejor postor.

Pero necesariamente vencimos, señores, y no podía ser de otra manera, dado que diariamente llegaban hombres honrados a nuestras filas; el tirano temblaba, pero resistía; la epopeya



era escrita heroicamente en Matamoros, Santa Rosa, Monterrey, Victoria, Tampico, Torreón y San Pedro; en Ciudad Juárez, en Zacatecas, Tepic y Guadalajara; en estas vírgenes selvas de la tierra tabasqueña también. En todas partes el cañón libertario segaba vidas de esclavos y destruía ciudades y valladares, endebles a su empuje, para hacer hombres libres y arrancar al progreso sus bellezas y a la ignorancia sus vendas. Vencimos, señores, porque muchas lágrimas, muchos dolores y tantos esfuerzos, debían de cristalizar en escuelas, en salarios, en libertad, en grandeza. Vencimos para que el pueblo sea ahora quien mande; para que él sea quien cuide y maneje sus fondos públicos; para que sea él quien ponga coto al capataz que antes azotara sus rostros y hoy lame sus manos encallecidas; para que sea él quien ordene al poderoso mirarle con respeto, porque somos iguales, y quien obligue al potentado a darle participación en sus ganancias, supuesto que el esfuerzo y el sudor humano son tan preciosos como el oro y la plata. Vencimos, porque el pueblo ha sacudido su frente y destruido la sugestión del fraile y del despotismo del cacique, y es él, quien sólo podrá hacer de la Patria una tierra fecunda, rica, noble y fuerte. Y, como si eso no fuera bastante, lo confirma su vigoroso caudillo con el triunfo diplomático alcanzado el 19 del actual y que constituye la parte más importante del triunfo que el Ejército Constitucionalista ha alcanzado sobre

sus vencidos, y sobre los representantes de los pueblos hermanos que se negaban a tendernos la mano de amigos.

En efecto, señores, apenas iniciada la campaña interior, principió la del exterior, la más delicada, por ser el enemigo, enemigo de guante blanco. Los Estados Unidos, bajo el pretexto de cierta doctrina que sólo ellos han aceptado como infalible, desearon impartir su protección a otros intereses extranjeros, que no eran los de sus nacionales. El Primer Jefe, en representación del Ejército Constitucionalista, contestó inmediatamente al pueblo coloso no reconocerle derecho para reclamar más que por los daños sufridos en sus nacionales. El coloso americano invadió a Veracruz con su Ejército, y entonces, enérgicamente, con indignación de patriotas de verdad y de conciencia de hombres libres, los soldados todos del Ejército Constitucionalista, por conducto de su Primer Jefe, escribieron en la Historia de México una de las páginas más brillantes de la Historia de las facciones en contienda civil, protestando virilmente y con energía de verdad, contra aquel acto injustificado de invasión a la soberanía nacional, quedando desde luego **SESENTA MIL HOMBRES**, dispuestos y decididos para repeler la invasión. La Unión Americana disculpó su acto con el pretexto de justa represalia, y ofreció no avanzar ni un palmo más de terreno en el interior de la República, que desangrada se ostentaba digna.

No satisfecha la reacción con el fracaso, inculpó al Ejército Constitucionalista y a su Jefe Supremo de no tener programa de Gobierno y de carecer de ideales meramente revolucionarios, y entonces, como un mentís contundente, fue escrito el programa de la revolución social, que de hecho venía desarrollándose en todo el territorio de la Nación. El extranjero no tuvo ya motivos de duda, y ofreció entonces su mediación amistosa para que terminara la lucha; pero el Primer Jefe, consciente de sus deberes, respondió que entre el pueblo y sus opresores no había medio posible. Taimada la política internacional, de acuerdo con sus doctrinas, sondeó desde Estados Unidos el sentir del Ejército, creyéndolo anárquico, obteniendo, como respuesta unánime, el que se remitieran las potencias extrañas al Primer Jefe, único facultado para resolver la cuestión. El Ejército Constitucionalista con su Primer Jefe al frente, no admitió la imposición desenfrenada del villismo, corrompido por la reacción, y rompió con los correligionarios de otros días, haciéndoles morder el polvo o volver al redil, según lo han deseado. El zapatismo ideal, se hizo zapatismo de encrucijada; el afán del pechero del campo por recuperar sus tierras y sus aguas, se convirtió en raterismo, bajo la influencia de los cacos de chaqueta de la metrópoli, así sean de sangre noble como De la Torre y Mier, y entonces el Ejército Constitucionalista, unido a su Primer Jefe, rechazó el zapatismo

como banda de forajidos y lo persigue y lo acosa en sus viejas guaridas hasta exterminarlo.

Por esa labor firme y constante, por esa intransigencia libre y meritoria y por esa conciencia del deber impuesto, el coloso del Norte, Estados Unidos de América, y las más importantes Repúblicas Pan-Americanas, han declarado desde la Casa Blanca, *urbi et orbi*, que reconocen como Gobierno de facto el que preside el ciudadano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y en cuyo honor esta fiesta se celebra; para que sepamos todos, amigos y enemigos del movimiento libertario, que así como el pueblo mexicano de antaño, con el gran Juárez por bandera, hizo una guerra de tres años contra la reacción, la traición y la invasión, así el pueblo de hoy, con el ciudadano Carranza por bandera, ha hecho la guerra de tres años, prometido el día mismo en que el voto del pueblo era condenado a muerte por la reacción, por la traición y por la invasión. Es por eso muy grande nuestro regocijo, señores, y debe ser así, proporcionado al triunfo tan magno como la obra. Porque, amables oyentes, en esta lucha, ya consolidada, en que los más grandes problemas de un pueblo hambriento de evolución han entrado en juego, se han delineado muy grandes enseñanzas, pues, para vosotros, niños y niñas, pimpollos frescos de la flor humana, ha quedado marcada para siempre, por esta generación que os precede, la senda invariable que debéis seguir en vuestra vi-

da de ciudadanos. No olvidéis, niños, cuando seáis hombres, que tenéis derecho a ser tomados en cuenta en la cosa pública de la Patria, y vosotras, niñas, cuando seáis señoras, que merecéis el respeto y estimación más profundos como compañeras del hombre y como sacerdotisas eternas de la vida de la Patria. Recordad que esa senda de dignidad y grandeza se ha conquistado a costa de sangre y que se ha emprendido su conquista, con unos cuantos, que luego fueron muchos, y que hoy, en fuerza del triunfo, es aclamada por todos. Guardad esta lección y no tembléis nunca ni ante la usurpación para combatirla, ni ante el crimen para vencerlo, ni ante la exigencia de los colosos que no tienen razón, pues la justicia triunfa y la entereza se impone.

Para vosotras, vírgenes hermosas, jóvenes soñadoras, capullos dispuestos a perfumar el santuario del hogar, ha traído también esta etapa nacional una falange de juventud, dorada al sol del campamento, rica en laureles de gloria, desbordante de algo más precioso que el oro, de honor y de fuerza, ya probada para protegeros cuando con una sonrisa les digáis más que la embriaguez del triunfo. Abridles vuestras almas, que lleguen a formar con vuestra belleza y vuestra virtud un templo de amor, en donde ni el despotismo, ni el fanatismo, ni la indignidad se atreverán a entrar, por hallarse allí uno de los campeones del Derecho, del Honor y de la Libertad. Para vosotras, matronas y demás respe-

tables, ha producido la Revolución justiciera, sus más sazonados frutos. ¿No os ha llenado de orgullo ver al compañero de la vida o al idolatrado retoño y muchas veces a los dos juntos, ir laureando su frente con los galones del mando, ir escalonando a fuerza de querer el predominio justo, del valor y del mérito, y más que todo, el aplauso y el amor de sus conciudadanos? ¿Cuántas veces habéis llorado de gozo sabiendo de su heroísmo? Y ¿cuántas veces también habéis sentido un legítimo orgullo al pensar que la mitad de vuestro ser o el alma de vuestra vida, ha sabido ser patriota y ser digno? Pero no es eso sólo, señoras mías, sino que las horas de amargura por la incertidumbre, por el temor al peli-gro, os dan derecho a pasar a la historia como madres o esposas de los que a gloria tenemos haber luchado por lo más sagrado que tienen los pueblos, por la misión más noble que tienen las razas. También para otros ¡triste herencia! Trae este triunfo, aparejada una vergüenza. La de la indiferencia ante el dolor popular, y el deshonor de la Patria. La del egoísmo ante un acto de usurpación que no se combate siquiera con el pensamiento, por no perder la monotonía de una situación cómoda. La de la cobardía, por no haber tenido un gesto heroico para cumplir con el deber impuesto y morir por él, como Belisario Domínguez, o triunfar con él como Venustiano Carranza.

Y para vosotros, desconocidos depositarios

---

del Poder Público en el futuro próximo, quedan abiertas las páginas de esta gran tragedia, convertida en epopeya a la postre, donde podréis leer para no olvidar, que el pueblo vive alerta y castiga el abuso y aplasta Ejércitos, en defensa de sus instituciones. Y por fin, para vosotros, compañeros de armas, jóvenes abnegados y valerosos, soldados sufridos y heroicos. ¿Qué cosa más grande que esta apoteosis? ¿No está aquí todo un Estado y en pensamiento la República entera, aplaudiendo vuestro triunfo? Este derroche de luz y de flores y de hermosura; esas notas dulces de la melodía y ese concierto de voces de niñas, ¿no es una gran paga para las fatigas pasadas y un lenitivo eficaz, mágico, mejor dicho, para hacernos olvidar las amarguras del campamento, las angustias de aquellos momentos precursores del combate y la fiebre loca del batallar en los momentos de la lucha? ¿Qué momentos comparables a aquellos de la victoria, cuando nuestras trompetas guerreras, y nuestros alegres tambores, llevaban a los más lejanos horizontes el regocijo de los vencedores? Sólo éste, el del triunfo; porque de aquellas penas, de aquellas inquietudes, de aquellas armas oxidadas en la campaña y destruidas en la brega, ha surgido esa herencia que legáis a estos pimpollos, a esas vírgenes, a esas matronas y a esos indiferentes. Ha surgido la Patria, otra vez inmaculada como en 1810; otra vez digna como en 1911; ya no con Gobierno espúreo, sino en brazos

del pueblo; ya no con un Ejército de lacayos charolados, sino con el Constitucionalismo, harapiento pero honrado; formado en el campo de batalla, y no en las banquetas ni salones de baile. Por eso, en esta noche en que la Patria festeja la consolidación de sus reformas y de su Gobierno, con el reconocimiento de los Gobiernos americanos, se escriben con letra de fuego vuestros nombres, en el cielo de la Patria, en el corazón de los mexicanos y en el libro de la inmortalidad.

Soldados, oficiales y jefes, recibid mis parabienes, y decid a este pueblo: Ahí te entregamos nuestra obra, ya podemos morir tranquilos.

San Juan Bautista, a 30 de octubre de 1915.